

taba, además de una gran energía contra las corrientes de la oposición, contra el espíritu rebelde de las masas, contra los planes aventurados de los círculos militares, y contra las conspiraciones, una acción afortunada en la esfera de la política exterior.

Y esta no faltó: los enemigos de Rusia esperaron en vano el éxito de las crisis interiores que en el imperio ocurrían,

para poder oponerse á los vastos proyectos que formaba la emperatriz en el terreno internacional. Así como el triunfo conseguido en las cuestiones polaca y oriental llevaba consigo la consolidación del trono de la emperatriz, del mismo modo la victoria alcanzada sobre los enemigos interiores facilitó la supremacía de Rusia, durante el reinado de Catalina, en las distintas cuestiones de la política extranjera.

LIBRO TERCERO

POLITICA EXTRANJERA

CAPITULO PRIMERO

SITUACION PERSONAL DE CATALINA EN LA POLITICA EXTRANJERA. PRIMEROS PASOS

Correspondencia de Catalina con Federico II.—Correspondencia con José II.—Correspondencia con Gustavo III.—Su trato personal con los diplomáticos.—Situación en 1762.—Prusia.—Austria.—Francia.—Relaciones con Dinamarca.

En las observaciones que en su libro diario escribió la gran duquesa Catalina en los últimos tiempos del reinado de Isabel, se encuentra una serie de máximas encaminadas todas á proclamar una política pacífica. Así, entre otras cosas, se dice: «Este gran imperio necesita la paz, pues nos es indispensable aumentar la población. Bajo el punto de vista del exterior, la paz puede darnos mayor preponderancia que los azares de una guerra siempre ruinosa (1).»

En el momento mismo de su advenimiento al trono, sostuvo Catalina que Rusia necesitaba por lo menos algunos años de paz.

Al propio tiempo, sin embargo, deseaba alcanzar fama y consideración; era preciso enmendar algunas faltas cometidas por los anteriores gobiernos, y dar á la Rusia una completa independencia del sistema político de este ó de aquel Estado, Austria ó Prusia, y para ello se necesitaba que observara una conducta independiente en las cuestiones de política exterior. Durante el reinado de Isabel, se habían seguido los impulsos del Austria: Pedro III estaba dispuesto á representar el indigno papel de vasallo de Prusia; Catalina se debía á sí misma y debía á su imperio observar una conducta independiente.

No pasó mucho tiempo sin que Rusia fuera solicitada por las demás potencias, hasta tal punto, que en todas las cuestiones europeas la situación y la opinión de Rusia eran tenidas en grande estima. Con más éxito que los precedentes gobiernos supo Catalina aprovecharse del antagonismo entre los demás Estados para robustecer la importancia de Rusia.

(1) *La paix nous met la balance à la main bien plus que les hasards d'une guerre, toujours ruineuse. Ilustración de la Sociedad histórica, VII, 85.*

Favorable en extremo fué para ella la gran enemistad que entre Austria y Prusia existía; y dió una prueba de sus excelentes dotes políticas en la conducta que observó en las cuestiones polaca y oriental; en el talento que desplegó para explotar las debilidades de ambos vecinos, llevar á cabo sus conquistas y sostener la preponderancia de la política rusa en lo que á Suecia, fuerte bajo Gustavo III, se refería; en la manera que tuvo de aprovechar la tensión de las cuestiones alemanas, para ejercer en ellas su arbitraje; y en la influencia que logró adquirir en las cuestiones entre Inglaterra y Francia. Catalina huía de todo sistema abstracto y según entonces lo exigían las circunstancias procedía con arreglo á su interés político propio. Nunca se dejó influir por las opiniones de sus favoritos ó ministros; enfrente de la opinión de un Panin ó de un Potemkin, exponía siempre la suya, y sabía apreciarla prácticamente; nunca dejó de ser su propio ministro, teniendo siempre la iniciativa en la esfera de la política exterior como en todas las demás cuestiones. Esta circunstancia aumentaba los atractivos, á la par que la responsabilidad del cargo que desempeñaban los embajadores extranjeros en la corte de Catalina. Siempre se encontraba dispuesta á exponer su opinión en las discusiones personales sobre cuestiones políticas, demostrando que dominaba todos los detalles de los asuntos y conocía la manera técnica de tratarlos.

Los hombres á quienes estaba confiada la dirección de la política exterior no tenían que hacer más que cumplir la voluntad de la emperatriz, contentándose con ser sus auxiliares. Ni el papel que desempeñaba Panin ni el que representaba Besborodko, pueden compararse con el que estaba confiado á Bestusheff en la corte de Isabel, ni con la consideración de que gozaba Kaunitz en la de María Teresa.

Panin tenía más carácter político que Besborodko, y este era superior á aquel en los conocimientos técnicos de los negocios; sin embargo, ni el uno ni el otro pudieron ejercer influencia alguna en el ánimo de la emperatriz, la cual seguía siempre su propio impulso. Cuando, en 1780, Panin desaprobó el movimiento realizado por Catalina trocando por la de José II la alianza de Prusia, la emperatriz siguió su política sin consideración alguna á su ministro, el cual, sin

abandonar nominalmente su cargo, se vió relegado á segundo término, y dada la energía con que sostenía sus opiniones, esto equivalía á condenarle á inanición. Besborodko que, en la segunda mitad del reinado de Catalina, se encargó de los asuntos de política exterior, era más dócil y por lo tanto más apto para el servicio de la emperatriz, la cual supo utilizar su talento para los detalles. Catalina no necesitaba de consejero alguno para saber la dirección que á su acción política



ALEXANDRE COMTE DE BESBORODKA
Grand Maître de la Cour de Sa Majesté
Son Conseil privé Usuel Directeur général des Postes
et Grand Croix
Imperial de toutes les Russies
Chevalier des Ordres de S. André de S. Alexandre Nevski
de celui de S. Vladimir
Grand par le Priglasement d'Empereur

Alejandro, conde de Besborodko. Reducción del grabado de Jaime Walker. Cuadro original de Juan Bautista Lampi (1751-1830)

debía dar. Así como es difícil concebir un Federico el Grande al frente de un Estado constitucional, del mismo modo Catalina no hubiera sido propia para subordinar sus opiniones á las de cualquiera de sus ministros que discordara de ella.

La experiencia demostró que Catalina había tenido razón al contar en sus propias fuerzas; pues pudo estar satisfecha de los resultados de su política. En 1773 Panin describió con colores halagüeños estos resultados en una Memoria redactada para Barjatinsky, que iba de embajador á París, en los siguientes términos: «La dirección general de los asuntos se distribuye entre los Estados, en la medida de la aptitud que para ellos muestran. Hasta el reinado de Catalina, y á pesar de todos los triunfos conseguidos durante la guerra

prusiana, Rusia desempeñó el papel de potencia de segundo orden, pues cayó, en Schlepptau, en el lazo que le tendían sus aliados. Cuando el advenimiento de S. M. al trono, había en Europa dos partidos: á uno de ellos pertenecían el Austria, la Francia, la España y una gran parte de los príncipes del imperio: al otro, Inglaterra y Prusia. Durante el reinado de Pedro III, la Rusia, cambiando repentinamente de sistema político, de enemiga que era se había convertido en firme aliada del último grupo, quedando en su consecuencia Estado dependiente de los intereses de los demás. Cuanto mayor fué la influencia que perdió la Rusia, á consecuencia del repentino cambio operado en su política exterior, en las negociaciones para el arreglo de las cuestiones europeas, tanto más trabajoso era después el recobrar lo perdido. Pero el

talento y la energía de S. M. Imperial vencieron todos los obstáculos y el mundo vió con asombro que nuestra corte comenzó á desempeñar en las cuestiones generales un papel igual al que representaban las demás grandes potencias y que ejercía preponderancia en el Norte de Europa, etc. (1).»

La situación personal de Catalina en la esfera de la política exterior puede deducirse expresamente de sus relaciones directas con las testas coronadas. Trataremos en primer lugar de las que sostuvo con Federico II, José II y Gustavo III.

En los tiempos modernos se ha publicado la correspondencia de Catalina con Federico II (2), que comprende el período desde 1762 á 1781 y contiene 181 cartas. La mayor parte de esta correspondencia, se compone de comunicaciones escritas de propio puño y letra del rey y de la emperatriz, y en ella se trata principalmente de la cuestión polaca y de los asuntos orientales. Aquellos dos personajes dieron cierta importancia á la forma exterior de los documentos que se cruzaban de una á otra parte, usando en ellos el estilo acostumbrado entre soberanos. No faltan en ellos ingeniosas observaciones, brillante exposición, ni elegantes giros. Las alabanzas mutuas que en ellos encontramos son en la frase y en la narración efecto de la cortesía convencional. Es muy interesante comparar el estilo de estas cartas con las que escribía Catalina á José II: estas eran mas largas, mas cordiales, mas íntimas, mas animadas, mas completas, mas individuales que aquellas. En la correspondencia llevada con José se reflejan mas que en la sostenida con Federico II la opinión y el humor del momento, la afición al chiste y al sarcasmo, la sincera amistad y adhesión entre el emperador y su imperial amiga. José y Catalina se escribían casi siempre como simples particulares. En las cartas de Federico á Catalina y vice-versa, vemos el cambio recíproco de pensamientos de dos príncipes, cada uno de los cuales era ministro de sí mismo. No se encuentra en ellas ese amistoso y familiar abandono que observamos en el trato de la emperatriz con José II, el cual por dos veces fué huésped de Catalina durante una larga temporada, y cuyos intereses políticos en la cuestión de Oriente estaban mas en armonía con los de Rusia, que los de Federico II, en la cuestión de Polonia, lo estaban con los deseos y designios de la emperatriz.

La correspondencia entre el rey y la emperatriz nos permite conocer las relaciones que entonces mediaban entre Prusia y Rusia. En estos documentos, en los cuales se trataban las mas importantes cuestiones políticas de ambos Estados, vemos las intenciones, los deseos, las esperanzas y las necesidades de los gobiernos. Para Federico II era en extremo importante que Catalina siguiera, á su advenimiento al trono, la política de Pedro III mas bien que la de Isabel. No en balde se deshacía en alabanzas y protestas de adhesión para captarse la amistad de Catalina. El tono de la correspondencia entre los dos sostenida, sufrió algunos cambios en el espacio de veinte años; pero á pesar de esto subsistieron la amistad y la alianza. Así, por ejemplo, durante la guerra turca y allá por el año 1774, surgió cierta disidencia que se conoce por el hecho de que las cartas no fuesen siempre escritas de puño y letra de los soberanos y de que las protestas de amistad tuviesen el tono frio de la cortesía; mas había intereses tan comunes entre Prusia y Rusia, existían tantos puntos de contacto entre el carácter del rey y el de la emperatriz, que á pesar de ello en las cartas se notaba cierto calor y cierta animación. Federico y Catalina se dieron siempre cuenta recíproca de sus relaciones con las demás potencias y se confiaron algunos secretos, tales como las

excitaciones que se les habían dirigido para motivar una separación entre Prusia y Rusia.

De cuando en cuando Catalina y Federico se hacían algunos regalos: así por ejemplo, durante el otoño de 1763, Catalina envió á Berlin para el rey algunas sandías y uvas. Federico, al darle las gracias, contestó: «Las sandías de Astracán y una Dieta del reino de Polonia, son dos cosas que distan mucho entre sí, pero V. M. sabe enlazar en su política cosas tan diferentes. La misma mano que por un lado envía sandías y por otro reparte tronos, cuida de la paz de Europa.» En 1769, la emperatriz regaló al rey una piel de zorro negro y otra de marta, acompañándolas de algunos galantes cumplidos. A su vez Federico, en 1772, envió á la emperatriz un servicio de porcelana, diciéndole que el bronce y el mármol no duraban lo bastante para celebrar la fama eterna de la emperatriz; que los artistas que trabajaban en porcelana le habían dicho que los monumentos de mármol y de bronce estaban tan sujetos á la destrucción como los de porcelana y que ellos, como todos los demás, querían tener el derecho de glorificar la fama de la emperatriz, etc. La resolución adoptada por la emperatriz de vacunarse y de hacer vacunar á su hijo, produjo cierta sensación entre el pueblo; y de ella se habló mucho en toda una serie de cartas entre Catalina y Federico. El rey censuraba á la emperatriz por haberse expuesto á tal peligro, opinando que el mal éxito de aquella operación hubiera podido ser mas perjudicial á Rusia que útil la vacunación de todo el imperio. Catalina procuró tranquilizarle y le aconsejó que se vacunara. La energía mostrada por la emperatriz en Polonia, sus instrucciones para la asamblea legislativa, el triunfo de las armas rusas en Turquía, todo esto motivó las imponderables alabanzas del rey.

Federico es mas pródigo en alabanzas que la emperatriz, pues esta solo las usa cuando quiere elevar á panegírico la cortesía y los sentimientos amistosos. Federico y Catalina terminan de un modo bello las cartas, deseándose toda suerte de felicidades; Federico dice que se propone, para cuando llegue á pasearse por los Campos Eliseos, hablar á Pedro el Grande de los acontecimientos de Rusia, de las victorias conseguidas contra los turcos, y de los triunfos de la emperatriz y probar la verdad de su narración poniendo por testigos al sultan y á María Teresa. Catalina le agradece, en estilo jocoso, tales propósitos y le ruega que aplase su realización para el siglo siguiente, añadiendo que deseaba pasearse con él por los Campos Eliseos, para poder presenciar el encuentro de Federico con los grandes héroes de la historia, pues tenía interés en ver cómo Marco Aurelio, César y Alejandro se disputaban la honra de ser los primeros en saludarle, y cómo se esforzaban por desviar la conversación para no morir de envidia al ver comparadas sus hazañas con las de Federico.

Como se ve, estas cartas dan á conocer la clase de trato que existía entre los dos personajes que de tal modo se lanzaban mutuamente ingeniosos cumplidos. Esto, unido á algunos rasgos de carácter, permite completar los retratos que poseemos del rey y de la emperatriz. Los mismos documentos nos indican también la marcha de la acción política: el modo, al parecer tranquilo y desapasionado de tratar las cuestiones, demuestra el subjetivismo de Federico y de Catalina. A pesar de que una gran parte de los asuntos políticos estaban reservados especialmente á los embajadores y ministros, como Solms, Keller, Panin ú Ostermann, y á pesar de que podía parecer mas oportuno, hacer por medio de plenipotenciarios las observaciones á ellos referentes y discutir las opiniones é intereses respectivos, el modo de ser autocrático de Federico y de Catalina hacia que la mayoría de las cuestiones políticas fuesen tratadas y hasta resueltas

por medio de la correspondencia directa. La duración de esta dependencia de la duración de la mancomunidad de intereses de Prusia y Rusia. La alianza que duró por espacio de veinte años, fué disuelta por la union que en 1780 se efectuó entre Austria y Rusia. A la correspondencia sostenida por Federico II siguió la mas frecuente é íntima que con José II sostuvo la emperatriz (1).

En mas alto grado que en las cartas dirigidas á Federico II se nos presentan en las enviadas á José II la intervención directa de la emperatriz en las cuestiones de política exterior, y el deseo de decidirlo todo segun su propio impulso. José y Catalina despues que se hubieron conocido personalmente en 1780, creyeron poder prescindir en muchos asuntos de la mediación de embajadores, ministros y secretarios, y trataron las cuestiones políticas mas importantes como simples asuntos personales: cosa propia del absolutismo monárquico tal como estaba representado por aquellos soberanos. El trato íntimo parecia entonces tanto mas indispensable cuanto que, segun opinion general en aquel tiempo, el éxito de las negociaciones diplomáticas, la prosperidad del Estado y la felicidad del pueblo dependían de las virtudes de los príncipes y de los sentimientos que unos respecto de otros mostraban. En una época en que las condiciones morales de los monarcas eran la mejor constitución, el trato personal y recíproco de los soberanos equivalía á la mejor garantía de las bendiciones de la paz, ó á la mas triste seguridad de las desdichas de la guerra. Si Catalina ocultaba á sus propios ministros importantes noticias acerca de sucesos políticos y la ignorancia en que el vice-canciller Ostermann estaba acerca de cosas trascendentales sorprendía á los diplomáticos extranjeros, nada de particular tiene que de igual manera y como si se tratara de asuntos de familia, se contrajeran alianzas, se rompieran hostilidades y se proyectaran anexiones. La vacuna que sufrieron en 1780 los nietos de Catalina se discutió de igual manera que el plan para arrojar á los turcos de Europa. La amistad manifestada al gran duque Pablo por el emperador José, durante un viaje de recreo de éste, fué considerada de tanta importancia como el proyecto de permuta de la Baviera; y una enfermedad que en los ojos tuvo el emperador fué tan sentida como la revolución de los Países Bajos.

Dada esta manera de tratar los asuntos, los cancilleres solo podían tener una importancia secundaria. Unicamente á algunas personas de mucha confianza se les enteraba del contenido de las cartas que mediaban entre José II y Catalina. Esta leía en ocasiones algunos párrafos á su secretario, persona poco menos que insignificante en punto á política, y José II también de vez en cuando se dejaba aconsejar por Kaunitz sobre la contestación que debía dar á tal ó cual proposición de la emperatriz. La opinion y el humor del momento se reflejaban en estas cartas, escritas en su mayor parte en estilo familiar y amistoso y cuyo contenido demuestra alegría y á veces hasta frivolidad. José y Catalina parecen sostener en su correspondencia una verdadera conversacion; y aun cuando tales producciones literarias, en su mayoría cuidadosamente redactadas, de dos testas coronadas, representantes de la gracia y de la elegante conversacion, no siempre usan el ingenioso lenguaje de un Voltaire, de un Montesquieu ó de un Diderot, ni dan muestra de la facilidad de un Grimm, ni de la picante mordacidad de un príncipe de Ligne, no por eso carecen de gracia y de inteligencia. Se ve que los dos autores procuran ante todo mostrarse

respeto y consideracion; ambos quieren probar que no solo están á la altura de los negocios, sino que poseen una educación esmeradísima, considerando como de buen tono la ironía, el epigrama y cierto abandono en la discusión de las cuestiones políticas. Así como, en su primera entrevista en Mohileff, Catalina y José solían hablar en la mesa y en el palco de un teatro de los mas difíciles problemas políticos, á modo de entretenimiento, del mismo modo en el calor de una excursión de recreo decidieron secretamente en 1787, arrostrar los peligros de una guerra turca. Así como, en 1814 y 1815, en Viena, entre el bullicio del teatro, del baile ó de las expediciones se trató de la suerte de todos los pueblos y Estados de Europa, de igual modo las cartas de José y de Catalina nos recuerdan los encantos de los salones y de las conversaciones, que Talleyrand considera como la suprema felicidad del hombre. En ellas se burlan ambos del Papa y del sultan, de Federico el Grande y de los ministros ingleses, de la exagerada actividad y de la hipocresía de Gustavo III; se rien de los holandeses, de los bávaros, del duque de Dos Puentes, y se dirigen mutuos cumplidos, lo cual es, al parecer, lo mas importante.

José y Catalina se consideraban mutuamente en extremo vanidosos y procuraban influir el uno en el ánimo del otro por medio de adulaciones, tratando de ensalzarse recíprocamente y á porfía. Por algunas lacónicas cartas de José á Kaunitz, cuyo contenido conocemos, se sabe que José no se mostraba tan encantado de la emperatriz como podría creerse por las aduladoras frases de sus cartas á Catalina. Sin embargo algunas de estas son de tal naturaleza que no nos permiten dudar de la admiración que sentía José por la emperatriz. Había períodos durante los cuales reinaban ciertas disidencias entre ellos, pero eran pasajeras: en el fondo, José estaba convencido de que una alianza con Rusia había de ser beneficiosa para el Austria, y este convencimiento se traducía en la expresión de sus sentimientos amistosos dirigida á Catalina. La delicadeza con que habla de las condiciones personales de la emperatriz traspaasa los límites de la cortesía; y la emoción con que el moribundo José da por última vez las gracias á Catalina por su amistad es algo mas que simple palabrería. También sabía Catalina apreciar las excelentes cualidades de José II, aun cuando en sus conversaciones con distintas personas le censurase por su ligereza, por su irreflexión, su veleidad y su diletantismo político. Lo propio que José, estaba convencida Catalina de que la alianza entre Austria y Rusia había de ser muy ventajosa para ambos Estados; consideración política que iba unida á la inclinación y amistad personal que hacía José sentía la emperatriz. Las relaciones entre los dos Estados estaban subordinadas á las de los dos príncipes; de aquí que la buena armonía entre Rusia y Austria terminara con la muerte de José. El cambio que, en 1790, experimentaron las relaciones entre ambas naciones, demuestra la importancia que en las cuestiones de política extranjera tenía la conducta personal de Catalina y de José II.

La misma manera subjetiva y personal con que la emperatriz trataba las cuestiones de política extranjera encontramos en sus cartas á otros príncipes, por ejemplo, al rey de Polonia, Estanislao Augusto Poniatowski, y en su correspondencia con el rey de Suecia, Gustavo III. También en ellas vemos ese estilo ligero y burlon, en el cual eran apuntadas mas bien que discutidas las mas importantes cuestiones políticas, y esos giros que, á modo de broma, contenían una amenaza. El sarcasmo sin ensañamiento podía leerse entre líneas; y muchas veces una agudeza encerraba una amonestación. En medio de todo esto, el estilo era delicado y amistoso, y á veces se hablaba al mismo tiempo en estas

(1) Ssolowieff, XXIX, 74-75.

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 149-395.

(1) *José II y Catalina de Rusia*, Su correspondencia publicada por Alfredo Ritter de Arneht, Viena, 1869. Véase mi trabajo sobre el mismo asunto en el *Correo de las fronteras*, 1870, II, 241.